



# EXCELSIOR

EL PERIODICO DE LA VIDA NACIONAL



Registrado como Artículo de Segunda Clase en la Administración de Correos, el 18 de marzo de 1917

AÑO LXXI—TOMO V

FUNDADOR:  
RAFAEL ALDUCIN

DIRECTOR GENERAL:  
REGINO DIAZ REDONDO

MEXICO, D. F.—SABADO 26 DE SEPTIEMBRE DE 1987

GERENTE GENERAL:  
JUVENTINO OLIVERA LOPEZ

NUMERO 25,678

## Sin Ejecución Adecuada, de Nada Valen Directrices: MM

*La Deuda no es Simple Cuestión Financiera*

### Miopía Suicida de Acreedores

- ★ Estrangular a los Países Pobres Provocará Guerras
- ★ Primordial, Estabilizar Precios de Materias Primas
- ★ Solución Ética: Ligar los Pagos a las Exportaciones

Por MODESTO SEARA VAZQUEZ

En muchos países industrializados se lleva a cabo una curiosa discusión acerca de la mejor forma de describir la situación creada por la deuda externa de los países en desarrollo: a) Para unos sería un nudo en el cuello de los países deudores, y se trataría, por consiguiente, de un problema ajeno, excepto por las cuestiones de conciencia que podría plantear; b) Para otros sería una bomba de tiempo que amenaza a todos los países, pobres y ricos, porque, a menos que se le encuentre una solución a corto plazo, acabará por estallar.

Para los primeros, el problema es simplemente económico y financiero: unos países, imprudentemente, se endeudaron más allá de su capacidad de pago y ahora quieren escapar a sus responsabilidades, cosa que en una sociedad sería no se puede permitir, sobre todo porque no se puede perjudicar a acreedores que de buena fe contribuyeron con sus ahorros a ayudar a países que lo necesitaban.

Para los segundos, el origen del problema no interesa ahora tanto como las consecuencias, que lo convierten en un problema político de primera magnitud, porque la insistencia en el cobro de intereses y principal

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

# Miopía Suicida de Acreedores

Sigue de la primera plana

convierte a los países deudores en exportadores netos de capital y así frenan su desarrollo y empujan a la recesión a sus economías, con el consiguiente empobrecimiento de las poblaciones y el aumento de la tensión social en todo el mundo. Además, se rechaza la tesis de la buena fe en la concesión de los préstamos, dado que se trató, pura y sencillamente, de negocios bancarios, no realizados por el benemérito propósito de ayudar al desarrollo, sino de obtener ganancias del capital prestado, cuando no eran préstamos atados que no tenían más objetivo que facilitar las exportaciones de los propios productos.

A finales de este año de 1987 la deuda externa de los países en desarrollo alcanzará, según el Fondo Monetario Internacional, una suma superior a 1,183 millones de dólares, que un año más tarde podría convertirse en 1,222. La carga que esa deuda arroja sobre los países deudores les impide ahora destinar hacia las inversiones productivas los cada vez más escasos recursos que obtienen de sus exportaciones. Según informa recientemente el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, lo que desde 1982 pagaron los países deudores por servicio de la deuda excede en

30,000 millones de dólares a lo que recibieron como ayudas internacionales. Por si el panorama no fuera suficientemente negro, se añade que no hay perspectiva de mejoramiento ni este año ni el venidero, y que no puede esperarse que los países ricos puedan aumentar el volumen o los precios de los productos importados de los países en desarrollo.

Ante esta perspectiva de empeoramiento de la situación económica, deben empezarse a formular algunas preguntas sobre las consecuencias políticas que de ello pueden derivarse, tanto para los países pobres como para los ricos.

Hay que preguntarse, por ejemplo, si se puede suponer que el desempleo y la creciente pérdida del poder adquisitivo de los salarios va a continuar indefinidamente, sin afectar, a los sistemas políticos de cada país. Habría que preguntar también a los países ricos si creen que la conflictividad social de los países pobres se va a detener en sus fronteras, o si existe el peligro de que se extienda a ellos mismos por medio de los movimientos masivos de poblaciones famélicas que buscan trabajo, o de los grupos armados que van a dirimir sus querrelas en los foros internacionales o tra-

tar de vengar en los países ricos agravios reales o imaginarios.

No hay soluciones fáciles a este problema, pero debe buscarse urgentemente una solución, que ya no está únicamente en las manos de los países deudores. Insistir en mantener el problema de la deuda externa como una simple cuestión financiera revela una miopía suicida por parte de los acreedores. Un billón de dólares es hoy una suma ridícula, como precio por la tranquilidad política; en cualquier guerra de segunda categoría se gasta mucho más en muy poco tiempo, y si se permite el estrangulamiento de las economías de los países pobres, pronto se llenará el mundo de guerras, para cuya solución los países desarrollados deberán gastar muchos más dólares, y también mucha sangre.

Debe quedar claro que el problema no lo pueden resolver ya los países deudores, pero igualmente claro debe quedar que la solución no está en la simple cancelación de la deuda. Al problema se llegó por la avaricia de los prestamistas, y por la irresponsabilidad, ineptitud y corrupción de los que recibieron el dinero. Nadie puede cubrirse con mantos de pureza. Debe recordarse que una suma cercana a la tercera

parte de la deuda (es decir más de 300,000 millones de dólares) llegó a los países desarrollados en una gigantesca fuga, protagonizada por prominentes miembros de las clases dirigentes de los países deudores.

La simple condonación de la deuda podría propiciar nuevas oportunidades de rapiña, si no fuera acompañada de reformas internas estructurales profundas, que impidieran la repetición de tales actos.

Hoy esa tendencia se ha revertido en la mayor parte de los países deudores (Brasil, Ecuador y Filipinas todavía mostraron en 1986 fugas de capitales y de la fuga de 26,000 millones de dólares (los 8 mayores deudores de América Latina, más Nigeria y Filipinas) en 1982 se pasó a un regreso de 1,700 millones en 1986, mientras que en 1987 la tendencia se ha sostenido, en particular en el caso de México.

★

La verdadera solución será muy compleja, pues debe llegar a las causas del problema, que se tiene que buscar tanto en el interior de los países como en la estructura internacional. La elevación, o al menos, la estabilización de los precios de las materias primas que exportan los países en desarrollo, debería ser un objetivo primordial; lo mismo que la eliminación de las restricciones a las importa-

ciones procedentes de estos países. Tampoco se puede permitir que las oscilaciones de las tasas de interés se traduzcan en una elevación de las obligaciones financieras de países que son ajenos a las decisiones de elevarlas.

Nadie puede pagar más allá de lo que le permiten sus recursos y no es lógico exigirle pagos, al mismo tiempo que se le niegan fuentes de ingresos. Las divisas, de algún lado tienen que venir y no pueden venir más que de las exportaciones; si los países ricos cierran sus mercados a los productos de los deudores o manipulan los precios de lo que importan, manteniéndolos a niveles excesivamente bajos, están reduciendo la capacidad de pago de los deudores. Sería muy justo que pagaran las consecuencias de esa política.

Una solución, acorde con la economía y con la ética, ligaría los pagos a cada país con un porcentaje (por negociar) de las importaciones que realizara el país deudor. De ese modo no se pedirían imposibles, pues si algunos países, como es hoy el caso de México, han conseguido, a costa de muchos sacrificios, recuperar su capacidad de pago, ello se ha logrado a pesar de y no por los apoyos reales que se hubieran recibido, pues la re-negociación de la deuda no fue favor alguno al país, y las verdaderas ayudas que podrían haberse producido en forma de concesiones comerciales, no se produjeron.

Para otros países menos afortunados el pago de la deuda está más allá de su propia capacidad. La interdependencia global no se detiene en los niveles económicos, sino que se prolonga por los políticos. Un problema como el de la deuda, que es un problema de ricos y pobres, debe ser enfrentado con la conciencia de que se ha convertido ya en dificultad política, que debe ser resuelto con imaginación, y no con los recursos de la "filosofía de la abuelita", que ha tratado de imponer el Fondo Monetario Internacional.

Las deudas no se pagan comiendo menos, sino trabajando más, y no aumenta la capacidad de pago con la contracción de la economía, sino con su expansión. El proteccionismo anacrónico que algunos países desarrollados están imponiendo, perjudica a todas las naciones, al reducir la actividad económica mundial. Sería una trágica equivocación que los países ricos pretendieran su salvación individual. En el mundo crecientemente interdependiente, en el que nos ha correspondido vivir, sólo podemos salvarnos o hundirnos todos juntos, y eso es cada día que pasa, más verdad.

Desgracia d a m e n t e, los grupos de intereses que se mueven en el plano internacional distorsionan los planteamientos, y no dejan mucho lugar para la esperanza, pues no tienen más visión que la de aquel rey francés, a quien no le importaba que

después de él llegara el diluvio. Con todo el egoísmo que el diluvio llegará después de nosotros. Yo no es da tener, no estaría tan mal toy tan seguro de ello.

EXCELSIOR, Sábado 26, Septiembre de 1987 9-A